

—Sí,—le contesté.

—Pues he dicho mal; debió nacer en 1803.

—¡Es una triste historia!—añadí.

—Pues aún (me dijo) queda el último detalle: en la casa de locos en que se encuentra, ¡espántese V.!, él es el número trece.



DÍA ACIAGO



## DÍA ACIAGO

### I.

**P**OR corta que sea la experiencia que saquemos de la vida, siempre vendremos á parar á una averiguación poco lisonjera; á saber: que aunque sean muy pocos los años de nuestra vida, encontramos en ellos muchos días desventurados.

Esto no quiere decir que, alligidos por el rigor de la suerte que nos persigue desde la cuna, pasemos la vida con las lágrimas en los ojos esperando la muerte, única salida de tantas angustias como nos cercan en nuestro tránsito por la tierra.

Nada de eso. Hoy por hoy, y en virtud probablemente de los adelantos del siglo, las desdichas que nos cercan, los desastres que nos atro-

pellan, y las catástrofes que nos amenazan, se convierten á nuestros ojos, quieras que no quieras, en ruidosa algazara y en universal alegría.

Bueno que cada uno de por sí lllore á sus solas los reveses de la fortuna; que cada familia, de puertas adentro de la casa, sea un caso particular de inquietudes, de pesares, de desolación y de miseria. Bueno, en fin, que al volver de cada esquina nos encontremos, ya con una liquidación desastrosa; ya con un drama de infidelidad conyugal; ya con el espectáculo patibulario de un crimen más ó menos alevoso; ya con un raptó, digámoslo así, en que la criatura más espiritual, más preciosa y más tierna, arroja sobre su familia con la mayor frescura la vergüenza del escándalo; ya, por último, con un cuadro de disensiones domésticas por las particiones de una herencia ó por la cláusula de un testamento: los vicios sombríos, la estrechez desesperada, el hambre aterradora. Todo eso, sí, se encuentra á cada paso. Pero el conjunto, la reunión pública de tantos seres, más ó menos infelices, es una explosión continua de alegría, es la algazara de una fiesta permanente, el tumulto ruidoso de un regocijo interminable. ¡Santo Dios, qué júbilo!

Sean los que quieran nuestros dolores, nuestros pesares, nuestras angustias, nuestras miserias, nos hemos propuesto ser felices, y losomos.

Cada uno que guarde sus desdichas en el último rincón de su casa, que oculte su desesperación ó sus lágrimas en el fondo de su alma, y venga aquí alegre y risueño á tomar parte en este universal contento. La Convención francesa, en medio de los horrores de aquel espantoso desbordamiento, decretaba la victoria como un impuesto. Pues bien: nosotros, en medio de tantas desolaciones, hemos decretado la felicidad como una fiesta pública. Nos hemos impuesto esta contribución de alegría, que se recauda en todos los lugares donde nos reunimos, lo mismo en los teatros que en los cementerios.

Sí, hemos emancipado la vida de los dolores á que parecía condenada en este mundo, y, dejando á cada cual el capricho de afligirse á solas, ó desesperarse á puerta cerrada por sus penas particulares, hemos convenido tácitamente en esta alegría en comandita que llena todos los sitios públicos con la algazara de nuestras dichas.

Y he aquí una sociedad blindada contra los más rudos ataques de la adversa suerte. Se equivoca el pavoroso destino de nuestros días si cree que va á sorprendernos con el horror de nuevos desastres. Sus atroces designios se estrellarán siempre en el júbilo impermeable que rebosan nuestros corazones. Siempre nos encontrará con el vestido de fiesta, coronados de flo-

res, con la copa en la mano y la risa en los labios.

Id de casa en casa, de familia en familia, de individuo en individuo, y no recogeréis más que zozobras, recelos, inquietudes, ruinas y tribulaciones; pero reunid todas esas desdichas parciales en el conjunto de la vida pública, y no recogeréis más que fiestas, ruido, bullicio, lujo, saraos y banquetes, animación y regocijo, alegría y prosperidades. ¡Oh, esto es pasmoso!

Proscritas las tristezas, desterradas las aflicciones, condenadas á obscuridad perpetua las desgracias, ¿qué inquietud pueden causarnos las adversidades de nuestro destino? Lleve cada uno la cuenta corriente de sus desventuras, pero no las traiga á desentonar el concierto armonioso de nuestra felicidad. ¿Ó somos ó no somos dichosos?

Semejantes á los actores, que se despojan de sus vestidos ordinarios para cubrirse con el traje propio del papel que representan, nosotros aparecemos en el gran teatro vestidos con todas las galas propias del espectáculo, con el colorete de la prosperidad y los afeites de la dicha, á representar el papel que nos corresponde en la comedia de la universal alegría. ¿Qué nos importa, pues, lo que pasa entre bastidores?

¿No nos aplaudimos nosotros mismos? Pues entonces, ¿qué más queremos?

Como el abrigo que se deja en las antecámaras de los salones, dejémonos en el rincón de nuestra casa recelos, zozobras, inquietudes, ruinas y tribulaciones, para entrar en el bullicio de la vida con todas las apariencias de hombres contentos, satisfechos, dichosos. Tiempo hay de llorar, de afligirse, de aterrarse; pero, por de pronto, es preciso juramentarse en esta conspiración secreta, en este complot de alegría, en el que todos somos cómplices. La alternativa que se nos presenta no es dudosa: ó ser felices, ó morir; ó echar el óbolo de nuestro contento en el platillo de la felicidad común, ó sepultarse en las obscuridades de la desgracia; alegrarse, ó desaparecer del bullicio del mundo.

No es posible vacilar en la elección, y he ahí por qué las grandes ciudades revientan de alegría, y en los teatros y en los banquetes, en los cafés y en los casinos, en todas partes donde hay alguna concurrencia, no se ven más que rostros satisfechos, lujo, prosperidad y algazara.

Un viajero curioso que viniera de países lejanos buscando la región más dichosa de la tierra, y de la noche á la mañana se viera en Madrid, instalado en el *Hotel de Paris*, en el *Hotel Inglés* ó en la *Fonda Europea*, abriría los ojos lleno de admiración, y en presencia del espectáculo incesante de nuestra animación, de nuestro fausto y

de nuestro regocijo, se golpearía la frente, exclamando:

—¡He aquí el Paraíso!

Y abandonándose á las delicias de una vida llena de felicidades, de fiesta en fiesta, de goce en goce, de placer en placer, de gloria en gloria, se creería transportado á un mundo desconocido en el resto de la tierra.

Mas si le ocurriera penetrar un poco en el fondo de las cosas; si la brillantez de las apariencias y el brillo de las exterioridades le dejaban ver la realidad oculta, doblaría la cabeza con tristeza, y, angustiado de tanta dicha, haría su maleta de viaje, y saldría en busca de un país menos afortunado.

Y, apuntando en su cartera la originalidad de sus impresiones, escribiría:

«Gente dichosa. Posee una aritmética particular, reparte desventuras y suma felicidades. Se ríe admirablemente de sus desdichas. Yo no he visto jamás una alegría más triste.»

## II.

Muy bien; pero eso no quita que en el orden de los días que atravesamos, venga, por sucesión inmemorial y en períodos inalterables, un día siempre aciago.

Lo veréis amanecer sonrosado, derramando por el mundo los rayos de oro con que el sol ilumina los días serenos. Ved su faz risueña, su aire tranquilo; el cielo le sonríe con su azul más puro; los pájaros cantan locos de contento al sentir sus primeras claridades, y saltan de los nidos, y se puede decir que salen á recibirlo gorjeando, ni más ni menos que si quisieran decir:

—¡Hola! Ya está aquí nuestro amigo.

Los árboles no quieren ser menos que los pájaros, y tienden sus ramas, y parece que se empujan sobre sus troncos para verlo antes, y las hojas cuchichean entre sí como muchachas habladoras que no saben callarse el pico. La que está más alta se levanta sobre la punta de la rama; es la primera que siente su resplandor lejano; y como si dijera «aquí está», corre la voz y se extiende por todos los vástagos, y la copa del árbol se va iluminando poco á poco, presentándole el fruto que empieza á coronarla, con la franqueza del que dice:

—¿V. gusta?

Por su parte, el agua corre apresurada por el cauce para llegar la primera, ó se detiene á respirar en el remanso, porque viene de muy lejos, ó se precipita, hablando sola, por los peñascos de la vertiente, porque desde la cima del monte donde nace, lo ha visto con su manto de grana

y su corona de oro, y ella quiere ser la que lleve la noticia. Y en el cauce donde corre y en el remanso donde descansa, y en los peñascos por donde se precipita, azulea como en un espejo, y en sus ondas impacientes centellea la luz, empuñada en bordarlas con sus hilos de fuego; y punto aquí y punto allí, al fin se le escapa, diciéndole:

—¡Ea!.... Tengo mucha prisa.

Pues lo que es el aire, no hay quien lo detenga. Va y viene, sube y baja, entra y sale; aquí suspira, más allá gime, más lejos murmura; parece que vuela con cien alas y que respira con cien bocas, y lleva un aire, que parece que todo el mundo es suyo. Por aquí se mete, por allí se escurre; más acá se pierde, y más allá aparece de nuevo. Todo lo escudriña, todo lo agita; por donde él va, todo se pone en movimiento; hasta el polvo de la tierra se levanta á su paso. No hay manos que lo sujeten ni ojos que lo sigan; en un instante lo corre todo: parece un loco. Él es el que va por todas partes diciendo:

—Arriba, muchachos, que ya amanece.

Más graves los montes, miran desde sus altas cimas, y, sacudiendo las últimas sombras de la noche, las arrojan en las profundidades de los valles, y empiezan á vestirse sus ropajes azules con franjas verdes. Quieren decir:

—Ya viene el día.

El llano espera con su vega tendida como una alfombra de colores, y la mies ondea como un mar de espigas, y la vid aparta los pámpanos para que vean también los racimos, y las granadas suspensas de los vástagos, ceñidas sus coronas como unas duquesas, se abren pura y simplemente para enseñar sus granos de color de rosa ó de color de púrpura. Y todo dice:

—Vamos, que el día asoma.

Y, en verdad, es un día brillante, hermoso, tranquilo y risueño: la naturaleza lo recibe con todos sus esplendores, con todas sus galas; no hay ni una nube en el cielo, ni una sombra en la tierra. Pues bien: no os fieis de su alegre pompa, porque ese día puede ser martes, y martes quiere decir día aciago; sus horas son infaustas.

¿Por qué? He ahí una cosa que nadie sabe; pero está, por lo visto, condenado á un horror perpetuo, y eso basta.

No aplacéis para ese día tenebroso la ejecución de vuestros planes; no le confiéis el ansiado plazo de vuestras esperanzas; no lo pongáis por término á vuestros deseos, porque en ese día fracasan los planes, peligran las esperanzas y se nublan los deseos: es el azar de todos los proyectos.

Y eso sucede una vez á la semana.... ¡Dios mío! Como si no tuviéramos bastante con los

demás días. ¡Y cuatro veces al mes, y cincuenta y dos veces al año hemos de pasar por la terrible influencia de esas veinticuatro horas!

No hay más remedio: así está decretado, no sabemos en qué ley de qué misterioso destino.

Cada uno toma esta fatalidad á su manera, de cuyos diferentes juicios resultan tres interjecciones.

Algunos dicen...—¡Bah!

No pocos...—¡Psch!

Muchos exclaman....—¡Oh!

Es decir:

Unos se burlan

No pocos dudan.

Muchos creen.

Infunde, pues, ese día nefasto:

Burla en unos.

Vacilación en otros.

Terror en muchos.

Hablad del influjo que ejercen sus horas en los destinos de los hombres; abrid una discusión amplia, luminosa, y después de charlar toda una mañana, toda una tarde ó toda una noche, descubriréis la antigüedad de su origen, lo veréis aparecer entre las supersticiones del paganismo, lo explicaréis de mil maneras más ó menos sabias, más ó menos eruditas, y al fin vendréis á parar á estas tres conclusiones diferentes:

Preocupación.

Misterio.

Fatalidad.

La sabiduría de las naciones no se ha desdenado de tomarlo en cuenta, é, incluyéndolo en el catálogo interminable de sus sentencias, ha dicho:

«En martes, ni te cases ni te embarques.»

Esta sabiduría anónima no es siempre austera; suele descender de la trípode desde donde habla magistralmente, y entonces el oráculo, dejando la majestad de su ministerio, se permite algunas ligerezas, algunas contradicciones, algunas burlas; porque no siempre toma en serio al vulgo á quien instruye en los secretos de la experiencia.

Pues bien: ¿sus palabras en esta ocasión, encierran el sentido de una sentencia grave? ¿Son una ironía ó un sarcasmo? Es decir, ¿se burla en ellas de la fatalidad del martes ó la confirma? Échele V. un galgo.

Todo es obscuridad acerca de la influencia fantástica de ese día aciago; y no es solamente la sencillez de la ignorancia la que le rinde el culto de sus vagos terrores; en el mundo culto encontraréis seres ilustrados que le rinden también el tributo de su credulidad. Espíritus despreocupados que se sonreirán bondadosamente de vuestra candidez, si aseguráis, con el testi-

monio de la Santa Escritura, que las aguas del mar Rojo se abrieron delante de la vara de Moisés para que los israelitas se salvaran de la furia de Faraón, y os mirarán con afectuosa lástima si insistís en afirmar que Josué detuvo el sol en el horizonte.

Semejantes prodigios no caben dentro de su credulidad. Han convenido con unos cuantos amigos de café en que tan estupendas maravillas son imposibles, y no necesita más el buen corazón de un *espíritu fuerte* para compadecer á los que las creemos. Pero habladle del martes, de la influencia de ese día aciago, y se encogerá de hombros, fruncirá la boca y os dirá sencillamente:

—¡Quién sabe! Es posible. ¡Hay tantos misterios en la naturaleza! Y, sea como quiera, el acaso ha de tener algún método, alguna regla á que sujetarse....: la fatalidad tiene también su lógica...., y mientras la ciencia no acabe de sorprender los secretos de la vida, bueno es ponerla á cubierto de esas misteriosas contradicciones.

Así habla, y se queda tan fresco.

¿No conocéis á ninguno de estos seres? Pues bien: hay muchos.

## III.

Después que se anda algún tiempo por el mundo, se encuentran esos seres raros, cuya locura ó cuya imbecilidad no se advierte á primera vista, en razón á que no desafinan demasiado en el concierto general que todos formamos; se confunden con la mayoría entre la cual viven, y pasan sin formar casilla aparte en la generación en que han nacido.

La sociedad presente ofrece numerosos casos de criminales que no llevan más cadena que la del reloj, de locos que viven tranquilamente en sus casas sin temor de verse encerrados en un manicomio, y de imbéciles que se codean con las personas sensatas como uno de tantos; porque hay crímenes legales, lícitos, admitidos y aun premiados, locuras juiciosas é imbecilidades razonables.

Yo he conocido varios ejemplares de estas tres especies, y en este momento recuerdo uno que me viene de molde. Hombre que, como los elefantes, según Plinio, sentía crecer la hierba, y que, gran conocedor del mundo, vivía siempre en guardia contra los engaños de la vida.

No era posible sorprender ni su credulidad ni

su confianza, pues andaba siempre receloso como los gatos; no se fiaba ni de la camisa que llevaba puesta, y de continuo se guiñaba interiormente el ojo, como diciendo:

—¡Oh! ¡Soy yo muy largo!

Esta cautela incansable de su perspicacia lo tenía siempre alerta, y por todas partes vislumbraba engaños, traiciones, infidelidades, ingratitudes. Pensaba de los hombres deplorablemente, y en cuanto á las mujeres, su opinión era todavía más deplorable.

Encastillado así en la ciudadela inexpugnable de su previsión astuta, se restregaba las manos satisfecho de sí mismo, y exclamaba:

—Ahora que me entren moscas.

No se puede decir que fuese un sabio; pues, en rigor, se había quemado poco las cejas indagando los secretos de las ciencias, y si en su juventud pasó por alguna universidad, fué por puro cumplimiento, por mera fórmula; pero, vamos, su vida de hombre de mundo lo tenía á la altura de los conocimientos más puestos en moda. Se penetraba de los últimos adelantos de la filosofía en las conversaciones del Ateneo, aprendía historia en las tertulias del Casino, matemáticas en las cotizaciones de la Bolsa, química é historia natural en los aparadores de las tiendas, Geografía en las *vistas* de los periódicos ilustrados, literatura en el teatro de los Bufos y

política en *La Correspondencia de España*. Recogía las noticias más seguras acerca de los grandes acontecimientos del mundo en la Carrera de San Jerónimo ó en los pasillos de cualquier teatro.

No era un sabio, pero poseía esa generalidad de conocimientos que nos autorizan á resolver de plano las cuestiones más arduas en los postres de una comida ó sobre la mesa de un café. Sabio no; pero, ¡qué demonio!, no hemos de ser todos Sénecas, y, sea como quiera, venía á ser un hombre, digámoslo así, instruido, y, sobre todo, un hombre despreocupado.

Sabía algún latín, pues pronunciaba con frecuencia voces latinas; decía: *ad libitum*, *deficit*, *ex cathedra* y *casus belli*. Tampoco le era absolutamente desconocida la lengua griega, y solía pronunciar con bastante soltura las palabras *filantropía*, *hidrofobia*, *antropófago* y *eureka*. Oía referir con gusto las impiedades de Voltaire, y las aprendía de memoria. Cavour fué por algún tiempo su encanto; mas se murió, y le volvió la espalda para hacer de Bismarck su ojo derecho.

Por supuesto, el diluvio universal era para él una paparrucha, el maná del Desierto una inocentada, y la resurrección de Lázaro un cuento de viejas. Se mofaba de todas las creencias, sin tener empeño en destruirlas; pues, como él mismo decía, dejaba á cada loco con su tema.

No obstante, en las soledades de su razón, ó, mejor dicho, en el sepulcro de su conciencia, se levantaba un fantasma, una sombra, un espectro que turbaba de vez en cuando los felices días de su vida: le inspiraba horror el *martes*; ese día aciago se le representaba con los más sombríos colores. Llevaba una apuntación curiosa de las desgracias que ocurrían en el transcurso de sus infaustas horas. Terribles efemérides, que crecían espantosamente en sus anotaciones, porque no pasaba un martes sin traer al catálogo una nueva catástrofe, ya particular, ya pública, ocurrida en Madrid ó en Filadelfia, en Pekín ó en Marruecos; pero siempre en martes: las que resultaban en los demás días del año, esas no entraban en cuenta.

Por qué especie de razonamiento llegó su incredulidad á caer bajo el dominio de semejante preocupación, es cosa que no se sabe, ni además nos importa; el fenómeno no es tan raro que pueda tenerse por increíble. El que cierra los ojos á la luz, ve sombras. La incredulidad, lo mismo empírica que científica, cae en las más vanas ó en las más pueriles credulidades. La sabiduría de la impiedad tiene sus delirios como la fiebre, sus supersticiones como la ignorancia. La razón, abandonada á sí misma, se cansa de la impotencia y apela al misterio.

Ello es que el héroe de la presente historia

creía en la fatalidad del martes, y los datos que adquiría para seguir la estadística de ese día aciago, le confirmaban cada vez más en la funesta influencia que ejercía sobre los destinos humanos.

Pasaba, pues, cada semana un día de inquietud, de zozobra, y no emprendía cosa alguna, temeroso, más aún, seguro de que tendría un éxito fatal; pasaba, pues, por ese día con el alma en un hilo, como se pasa por un peligro, por el borde de un abismo, por un puente que cruje bajo los pies que lo pisan.

Fuera de esta superstición que se anidaba en las lobregueces de su entendimiento, era un hombre que se burlaba de todo lo que forma la vida del espíritu: no creía en nada, ni en la amistad, ni en la virtud, ni en el amor; no precisamente porque negara la posibilidad de una amistad sincera, de una virtud firme, de un amor duradero, pues él no se metía en estas honduras, sino por pura precaución, porque, en fin, en el mundo veía muchas amistades engañosas, muchas falsas virtudes, muchos amores fugitivos, y su genio poco indagador se contentaba con estos datos para decidir que lo mejor de los dados es no jugarlos.

—¡Amistad! (exclamaba á sus solas.) Para quien te crea: cada uno va á su negocio.... ni más ni menos.

—¡ Virtud!

Aquí, recordando su erudición dos versos de *Los Amantes de Teruel*, puestos por Hartzenbusch en boca de Diego Marsilla, prorrumplía con énfasis dramático:

«Maldito el hombre que virtudes siembra,  
Para coger cosecha de desgracias.»

Y seguía diciendo:

—¡ Amor!

La sola pronunciación de este nombre despertaba su hilaridad, y, soltando la carcajada, añadía:

• —¡ Amor!.... Sí, para las novelas.

También aquí su memoria le recordaba otra frase decisiva que había oído algunas veces, y atribuyéndola indistintamente, ya á Shakespeare, ya á Byron, la repetía, exclamando:

—«¡Fragilidad! Tú tienes nombre de mujer.»

Y sin más averiguaciones, se reía tranquilamente de la amistad, de la virtud y del amor. Además, se sentía bien en medio de aquella soledad de su alma. ¡Ya se ve! Gozaba de buena salud, poseía algunos bienes de fortuna, y su vida se deslizaba agradablemente entre los placeres del mundo. Realmente, no tenía motivo para quejarse de su suerte.

Es de creer que habría sido el mortal más dichoso de la tierra, si la sombra del martes,

apareciendo en su imaginación de vez en cuando, no le hiciera sentir cierto temor lúgubre, que llenaba su pensamiento de extraños fantasmas. Y estos terrores se aumentaban siempre que abría el fatal cuaderno para anotar nuevos y pavorosos desastres. En él veía muertes, ruinas, batallas sangrientas, desastrosas inundaciones, asesinatos, suicidios, incendios, todos los estragos de las tempestades humanas y de las tempestades de la naturaleza, y siempre en martes. Entonces ese día aciago se le presentaba como un numen implacable, y cerraba los ojos para no verlo, y lo veía á través de los párpados.

Ésta era la gota de acíbar que amargaba la dulce copa de la vida, que bebía sorbo á sorbo.

#### IV.

Ese hombre cuyas interioridades acabo de descubrir, tenía su nombre de pila, y llevaba su correspondiente apellido, como cualquier hijo de vecino. Su nombre era Martín, y su apellido casi no estaba en uso; en razón á que en el círculo de sus relaciones no se le conocía más que por Martín, como si se tratara de un ser solitario, único, que no hubiese tenido nunca familia.

Martín poseía un exterior á primera vista agradable, y poseía además el secreto de todas las exterioridades; venía á ser un sepulcro bien blanqueado, y hacía en la sociedad el papel de un hombre de mundo, de un hombre corrido.

No le faltaron ocasiones en que estuvo expuesto á grandes peligros; pues, como él decía, lo habían empujado al borde del matrimonio; mas supo emprender á tiempo las retiradas, y el enemigo se quedó con la boca abierta. Podía hacer un matrimonio ventajoso, y tan lisonjera perspectiva halagaba su vanidad; pero, ¡ah!, el mundo en que vivía le presentaba tantos ejemplos de infidelidades, sus propias aventuras le hablaban con tanta elocuencia, que se veía obligado á renunciar á aquellos favores de la fortuna que hacían las delicias de su amor propio.

La idea de una boda ruidosa le encantaba; mas el temor de verse después señalado con el dedo le helaba la sangre, y, por un cruel capricho de la suerte, todas sus victorias se levantaban á la vez para mofarse de su fortuna. El matrimonio se le representaba como un lazo; y, como lobo experimentado, huía del cebo por no caer en la trampa. El miedo del ridículo desvanecía sus más risueñas ilusiones.

—No, no (se decía); los maridos no están en boga; es papel que se cotiza muy bajo, y no he de ir yo á formar parte de la colección de que

tantas veces me he burlado. Si alguna vez me muero, que me entierren con palma.

Así es que á los cuarenta y cinco años bien cumplidos, que es la edad en que lo encontramos, se hallaba sin más vínculos que lo sujetaran, que los de su voluntad ó los de sus caprichos. Había sabido evadir todas las asechanzas, y se tenía á sí mismo por el hombre más libre que pisaba la tierra. Claro está: se había apropiado todos los derechos, renunciando generosamente á todos los deberes.

Entre las mujeres que lo conocían, pasaba ya como cosa perdida, y al verlo se guiñaban el ojo, diciendo:

—¡Ca!.... Este camastrón es incasable.

Entretanto, él se reía del mundo; y de teatro en teatro, de paseo en paseo, de tertulia en tertulia, iba alargando los días de una juventud que en realidad ya lo había abandonado, y no faltaba alguna intriguilla con que ir alimentando el fuego de la vida.

El teatro era su gran campo de batalla: allí los gemelos indiscretos, escudriñando el fondo de los palcos y los rincones de las galerías, lanzaban, ya á una parte, ya á otra, misteriosas miradas. Cualquiera que fuese la trascendencia de estos ojeos, se complacía en ellos, y eran los momentos más amenos de su deliciosa existencia.

Á la derecha de su butaca se abría una platea que ninguna noche merecía los honores de su atención, porque siempre aparecía ocupada por personas insignificantes, bajo el punto de vista de la belleza, de la juventud y de la elegancia, y Martín le tenía vuelta la espalda á aquel rincón del gran mundo, en que nada tenía que ver. Una jamona gruesa y morena, una niña recién salida del colegio, endeble y enfermiza, un señor canoso, de aspecto desabrido: he ahí, poco más ó menos, lo más notable que contenía la platea.

Medio sumergido en su butaca, veía, leyendo *La Correspondencia* con aire indolente, la fastuosa representación de *La Africana*. Acababa de alzarse el telón, y los acordes de la orquesta llenaban el aire de sonidos entre el murmullo del público que se acomodaba en los asientos. Martín sintió en la oreja derecha un soplo de aire frío, y comprendió que en la platea de la jamona, hasta entonces vacía, entraban las tres figuras de todas las noches; y, sin volver los ojos, hizo un gesto de desdén, y siguió leyendo.

Pronto recorrió las columnas del periódico; y dándose por enterado de las últimas novedades del día, tomó los gemelos para recoger las novedades de la noche. Entonces observó que muchas miradas, partiendo de diferentes puntos del teatro, se dirigían á la platea que tenía á su derecha. Estas miradas se iban multiplicando, y

los semblantes del público, semejantes á las coronas de los girasoles, se volvían hacia la platea, como si hubiera aparecido en ella el sol de la mañana.

¿Qué ocurría, pues, allí para ejercer tan poderosa atracción sobre las miradas del público? Martín, con desdeñosa sonrisa, volvió también sus ojos hacia la platea, y la risa se apagó en sus labios, y se quedó absorto, porque, si no era el sol el que brillaba sobre el fondo encarnado de la platea, era la aurora, la aurora en persona.

Los ojos de Martín se inundaron de luz, de una luz suave, que él sentía penetrar en su cerebro y correr por sus venas. El foco de esta claridad era un rostro humano, el rostro de una mujer, cuya cabeza, coronada de rizos castaños, se movía graciosamente sobre unos hombros soberanos. Aquella era una aparición que Martín devoraba con ansia, temeroso de que se desvaneciera.

Le era imposible apartar de ella los ojos; una atracción irresistible retenía sus miradas, como si estuvieran bajo la influencia de un imán desconocido. Á fuerza de mirar, empezó á perder la conciencia de lo que veía; experimentaba una especie de atolondramiento, parecido á los primeros desvanecimientos de la embriaguez. La platea se transformaba á sus ojos en una nube de púrpura, sobre la que se destacaba

aquella imagen blanca como el mármol de Paros, y sonrosada como la rosa de Chipre, que le sonreía y se alejaba, tendiéndole sus brazos de Venus. «Si esto es un sueño (se decía con el pensamiento), que no despierte nunca.»

Hasta entonces sólo había podido apreciar, digámoslo así, el color y el dibujo, la pureza de la tez, la pureza de las líneas y la pureza de los contornos. Pero la aparición debía tener una voz, una mirada, y Martín todo era oídos, y nada oía, y todo era ojos, y no veía más que el conjunto armonioso de su figura.

Mas no estaba ella sola en la platea; la acompañaban una señora de aspecto insignificante, que ocupaba el lugar de preferencia en el palco, y una especie de gigante, de rostro airado y de tremendas cejas, que de vez en cuando le dirigía la palabra. Algo debió decirle que la desagradaba, pues ella volvió la cabeza hacia la escena, diciendo claramente:

—No.

Este *no* llevó á los oídos de Martín el timbre de su voz, y se estremeció como si hubiera experimentado el efecto de una descarga eléctrica. Jamás había oído una voz semejante: la sentía vibrar en su oído y extenderse por todo su cuerpo, ni más ni menos que si sus huesos y sus músculos, su sangre y sus nervios, tuvieran en aquel momento la facultad de oír. Estaba

bajo la acción mágica de un encanto inexplicable. Aquella mujer ejercía sobre sus sentidos una influencia avasalladora.

Martín buscaba sus ojos como el ciego busca la luz y el sediento el agua; pero las miradas de la aparición iban de una á otra parte sin fijarse en ninguna. Al fin, sus ojos indiferentes vinieron á detenerse en Martín, que sintió al mismo tiempo frío y calor. Si es posible decirlo así, una nube de luz inundó su ser, y le pareció que se veía sumergido en un mar de delicias. La mirada que lo tenía subyugado lo abandonó, después de dejar en su pensamiento todo el fuego de un incendio y llena su loca imaginación de las más ardientes visiones.

Cerró los ojos para saborear el placer de aquella mirada, y para conservar la imagen fantástica que relampagueaba en ellos. Creía que soñaba. El estrépito de un aplauso lo volvió á la realidad de la vida, y miró despavorido en torno suyo; el teatro le pareció obscuro, lleno de sombras surcadas por reflejos fugitivos; las cabezas que á su alrededor se agitaban las veía pálidas, desencajadas, como cabezas de espectros que se movían dentro de sus nichos; en el escenario distinguía una masa informe, sobre la cual corrían de una parte á otra figuras humanas negras, de ojos brillantes, armadas de aceros que resplandecían en la obscuridad como los